

LOS GENERALES Y EL MUYIK ⁽¹⁾

FOR

CHCHEDRINE

Había una vez dos generales,
gentes de poco seso.

De pronto se vieron transportados, por arte de encantamiento, á una isla desierta.

Esos dos generales habían servido

(1) El autor del presente cuento es uno de los más ilustres escritores de Rusia y el primero de sus satíricos. El objeto del actual escrito es, como notará el lector, poner en ridículo á ciertos generales que para nada sirven, y que tanto abundan, no sólo en Rusia, sino en las demás naciones, entregados á la vida ociosa y regalada, mientras el país hace todo género de sacrificios para costear sus sueldos.—(N. DEL E.)

durante toda su vida no sé en qué oficinas. Allí se puede decir que habían nacido y crecido, y allí se habían hecho viejos; de modo que no sabían una palabra de nada. No conocían más voces de la lengua que las de la fórmula «Dios guarde á V. muchos años.»

Sucedió, pues, que se suprimió su destino por inútil; y, recobrada de esa suerte su libertad, nuestros dos generales se establecieron en San Petersburgo, en la calle Podiacheskaia. Cada uno tenía su habitación y su cocinera, y los dos recibían una pensión del gobierno.

Pero, héte aquí que, cuando menos lo pensaban, y según ya se ha dicho, un día se encontraron de repente en una isla desierta, y se despertaron metidos en una misma y única cama.

Naturalmente, al pronto no comprendieron lo que les sucedía, y empezaron á hablar como si no hubiese ocurrido nada de extraordinario.

—Acabo de tener un sueño muy raro—dijo uno de ellos.—Me parecía que estaba en una isla desierta...

Pero de repente se quedó parado y se levantó. Su compañero hizo lo mismo.

—¡Señor! ¿Qué significa esto? ¿En dónde estamos?—exclamaron con voz alterada por la emoción. Y empezaron á palparse el uno al otro para ver si el lance era sueño ó realidad; pero á pesar de todos sus esfuerzos por convenirse de que aquello no era más que una alucinación, tuvieron que rendirse á la triste evidencia.

Por un lado había mar; por el otro, un escrúpulo de tierra; y á la parte allende, mar de nuevo, nada más que mar, hasta perderse de vista.

Entonces nuestros generales derramaron lágrimas, las primeras que vertían desde la supresión de sus destinos.

Se miraron el uno al otro, y echaron de ver que estaban en camisa, con sus condecoraciones colgadas al cuello.

—¡Qué bien sabría tomar el café!— dijo uno; pero, acordándose en seguida de la inaudita aventura que acababa de sucederles, se puso á llorar con su compañero.—¿Qué hacer?—añadió entre sollozos.—¿Escribir una comunicación sobre nuestra aventura? ¿De qué serviría?

—Lo que hay que hacer—contestó el otro—es que V. E. se digne marchar hacia Levante, mientras yo me dirijo hacia Poniente; á la noche volveremos á reunirnos en este sitio, y quizá habremos encontrado una solución.

Se pusieron, pues, á buscar el Este y el Oeste. Recordaron al efecto que su jefe les dijo un día: «Cuando quieran Vds. encontrar el Oriente, miren al Norte, y lo tendrán á su derecha.»

Así que empezaron por buscar el Norte. Probaron de todas maneras; pero como se habían pasado toda la vida en las oficinas, no dieron pie con bola.

—Verá S. E. lo que debemos hacer—dijo uno de ellos.—V. E. se va hacia la derecha, y yo hacia la izquierda; ya verá cómo así salimos del paso.

El que hablaba en estos términos no había servido sólo en las oficinas; había enseñado además caligrafía en la escuela de niños de la clase de tropa, y por eso tenía más cacumen.

En un santiamén se puso por obra su consejo. El uno se fué por la derecha, y topó con árboles cargados de toda clase de frutos.

Bien hubiese querido coger, aunque no fuese más que una manzana; pero andaban tan por las nubes esos frutos, que hubiera sido preciso trepar á los árboles. Aunque lo intentó, no consiguió más que hacerse jirones la camisa.

Llega después á un riachuelo, ¿y qué ven sus ojos? Un hormiguero de peces, ni más ni menos que en el vivero de Fontanka de San Petersburgo.

—¡Si tuviésemos peces así en la calle Podiacheskaia!—pensó nuestro general, y se explayó su semblante ante esa imagen tentadora.

Luego entró en un bosque plagado de ortegas, gallos silvestres y liebres.

—¡Santo Dios! ¡Qué delicia! ¡Vaya un festín!—exclamó, y en el mismo punto empezó á sentir cierta desazón en el estómago; pero no tuvo más remedio que volverse al lugar convenido con las manos vacías. El otro general ya lo estaba esperando.

—Vamos. ¿Encontró algo V. E.?

—Aquí está todo lo que he encontrado: un número antiguo de la *Gaceta de Moscú*. ¡Nada más!

Tomaron el partido de volver á acostarse, pero con el estómago vacío no pudieron dormir. Tan pronto los atormentaba la comezón de saber quién cobraría por ellos sus pensiones, como los asediaba el recuerdo de los frutos, de los peces, de las ortegas, de los ga-

llos silvestres y de las liebres que habían aparecido durante el día.

—¿Quién hubiera podido figurarse—dijo el uno—que el alimento del hombre, considerado bajo su aspecto primordial, vuela por los aires, nada en las aguas y crece en los árboles?

—Seguramente—respondió el otro.—Confieso que yo había creído hasta aquí que los panecillos nacían ya hechos, como se sirven con el café por las mañanas.

—De forma—prosiguió el otro—que, si uno tiene ganas de comerse, pongo por caso, una perdiz, primero habrá que cazarla, después habrá que matarla, luego que pelarla, luego que asarla... Pero ¿cómo se arregla uno para todo eso?

—Justo: ¿cómo se arregla uno para todo eso?—repitió á modo de eco el otro general.

Callaron y trataron de dormir; pero decididamente no los dejaba el hambre.

Pasaban y repasaban por sus ojos ortegas, pavos y cochinitos de leche, acompañados de cohombres, de escabeches y de diversas ensaladas.

—En este momento creo que me comería de buena gana mis propias botas—dijo uno de los generales.

—Tampoco estarían mal unos guantes, después de muy usados—respondió suspirando el otro.

De repente se cruzaron sus miradas. Los ojos despedían un fulgor siniestro; los dientes rechinaban. Salió de sus pechos un sordo rugido. Se arrastraron el uno hacia el otro, y en un instante se tornaron dos fieras. Volaron mechones de pelo y resonaron gritos, que acabaron por convertirse en gemidos.

El general que había sido profesor de caligrafía, arrancó al otro su condecoración de una dentellada, y se la tragó entera en un decir Jesús.

La vista de la sangre que corría los restituyó á la razón.

—¡Somos cristianos—exclamaron—é íbamos á comernos!

—¿Cómo hemos podido llegar hasta ese punto? ¿De qué mal genio hemos sido juguetes?

—Es preciso que nos distraigamos con alguna conversación, ó aquí va á dejar uno el pellejo.

—Empiece V. E.

—Pues empiezo preguntando á qué causa atribuye V. E. que el sol empiece por levantarse y acabe por ponerse, en vez de ser á la inversa.

—Permítame V. E. decirle que S. E. es de lo más original. V. E. hace lo mismo que el sol: primero se levanta; luego va al ministerio; después escribe, y, por último, se acuesta.

—Pero, ¿por qué no admitir el orden siguiente? Empiezo por acostarme, sueño con una multitud de cosas, y después me levanto.

—¿Si?... ¡Pues es verdad!... Merece pensarse. Hablando francamente, cuan-

do yo servía en el ministerio, no tenía más que una manera de ver las cosas. Yo me decía: Ahora estamos en la mañana; después vendrá la tarde; luego me servirán la cena, y, por fin, llegará la hora de acostarse.

La idea de la cena los volvió á sumir en su tristeza y cortó la conversación.

Uno de ellos la reanudó en esta forma:

—Yo he oído decir á un médico que el hombre puede nutrirse mucho tiempo de sus propios jugos.

—¿Y cómo?

—Verá V. E.: los jugos humanos, si me es lícito hablar de esta suerte, vuelven á producir jugos; los cuales, á su vez, producen otros, y así sucesivamente hasta que se agotan.

—¿Y entonces?

—Entonces se hace preciso tomar algún alimento.

—¡Ay, qué demonio!

En resumen: cualquiera que fuese

el tema de sus conversaciones, siempre venían á parar á la comida, lo cual no servía más que para excitar su apetito. Convinieron, pues, en dejarse de conversación; y acordándose del encuentro de la *Gaceta de Moscú*, empezaron á leer con avidez.

«Ayer—leyó conmovido uno de los generales—hubo comida de gala en casa del respetable gobernador de nuestra antigua capital. La mesa era de cien cubiertos, y fué servida con un lujo inaudito. Los productos de todas las partes de la tierra habíanse dado cita, por decirlo así, en aquel festín maravilloso. Allí se veía el dorado esterlete, pescado en las ondas del Cheksna, y el habitante de los bosques del Cáucaso, el faisán. ¡Allí se veían fresas en el mes de Febrero, raro fenómeno en nuestro clima septentrional!...»

—¡Basta, por Dios! ¿No puede V. E. encontrar otro asunto?—exclamó el

general que oía; y arrebatando el periódico de manos de su compañero, leyó lo que sigue:

«Nos escriben de Tula:

«Ayer, con ocasión de la pesca de un esturión en el río Oupa (los habitantes de más edad no tienen memoria de un acontecimiento semejante, tanto más extraordinario cuanto que ese esturión ofrecía notable semejanza con el comisario de policía B...), el club de nuestra ciudad organizó un banquete. El héroe de la fiesta fué servido en una inmensa fuente de madera. Estaba guarnecido de pepinillos y tenía en la boca un manojo de verdura. El doctor P..., encargado ese día de la presidencia del club, cuidó solícitamente de que no faltase una buena ración á cada invitado. Las salsas eran variadísimas, hasta un extremo rayano en la excentricidad.»

—Perdone V. E.— exclamó el otro general, interrumpiendo á su colega

—pero me parece que también elige los asuntos sin discernimiento.

Cogiendo á su vez el periódico, leyó lo que sigue:

«Nos escriben de Viatka:

»Un antiguo habitante de nuestra población ha inventado la siguiente receta para preparar la sopa de pescado: tómese una lota viva; golpéese de firme, y, cuando se hinche el hígado con la fuerza del dolor...»

Los generales bajaron la cabeza. Cuanto leían les hablaba de comer. Sus mismos pensamientos conspiraban en contra suya, pues por más que se esforzaban en desechar la imagen de los *beaftecks*, la imagen tornaba y se imponía á viva fuerza á su espíritu.

De pronto cruzó una inspiración por la mente del general que había sido profesor de caligrafía, y apareció radiante su cara.

—¿Qué diría V. E.— exclamó alegremente—si encontrásemos un *muyik*?

—¿Cómo? ¿Un *muyik*?

—Sí, sencillamente un *muyik*, tal y como son de ordinario los *muyiks*. En seguida nos traería panecillos, nos cogería ortegas y peces.

—¡Hum!... un *muyik*... pero ¿dónde se le echa el guante, si aquí no los hay?

—¿Cómo que no los hay? *Muyiks* hay en todas partes; la cuestión es conseguir sacarlo de su escondrijo. A buen seguro que está escondido en cualquier lado para librarse de trabajar.

Esa idea dió ánimos á nuestros generales; tanto que, olvidando sus desventuras, se levantaron como movidos por un resorte, y se pusieron en busca del *muyik*.

Vagaron mucho tiempo por la isla sin resultado alguno; pero á la postre los puso sobre la pista un olor acre de pan de munición y de piel de carnero.

Al pie de un árbol, tendido boca

arriba, con las manos debajo de la cabeza, dormía un *muyik* descomunal, huyendo del trabajo de la manera más desvergonzada.

La indignación de los generales no conoció límites. Se precipitaron sobre él, gritando:

—¡Tú durmiendo, haragán, sin pizca de aprensión, mientras aquí se mueren de hambre dos generales desde hace cuarenta y ocho horas! ¡Andando vivito! ¡A trabajar!

El *muyik* se levantó. Vió que los generales no se bromeaban. Se le pasaron buenas ganas de escurrirse, pero ellos lo tenían bien sujeto.

Empezó, pues, á trabajar en su presencia.

Primero trepó á un árbol, y les cogió diez manzanas de las más maduras. Para él no cogió más que una verde.

Después removi6 la tierra, y sacó patatas. Después cogió dos maderos,

los frotó uno contra otro, y encendió lumbré. Después hizo un lazo con su propio pelo, y cazó una ortega. Después se dió traza á preparar platos tan variados, que los generales se preguntaron uno á otro si no sería cosa de dar un bocadillo á aquel gandúl.

Nuestros generales se regocijaban contemplando la faena del *muyik*, y tenían de gozo sus corazones. Olvidaban ya que hacía un momento estaban casi muertos de hambre, y se decían: «Es bueno ser general; siempre sale uno de apuros.»

—¿Están contentos los señores generales?—preguntó aquella inutilidad de *muyik*.

—Vemos con satisfacción tu celo, amiguito — respondieron los generales.

—¿Me permiten ahora descansar?

—Descansa, buen amigo; pero antes haznos una cuerda.

El *muyik* cogió al punto cáñamo sil-

vestre; lo mojó, lo maceró, lo retorció, y á la tarde tenía lista la cuerda.

Con esa cuerda le ataron los generales á un árbol para que no se escapara, y ellos á su vez se echaron á dormir.

Pasó un día; pasó otro. El *muyik* hacía maravillas de habilidad, hasta el punto de hervir la sopa en el hueco de la mano.

Nuestros generales se ponían más gruesos, más lucidos, más alegres y vivarachos cada vez. Consideraban que estaban mantenidos de todo, y que, en el ínterin, su pensión se acumulaba sin cesar en San Petersburgo.

—Pero ¿qué le parece á V. E.?—dijo un día uno de los generales almorzando.—La construcción de la torre de Babel, ¿ha sido un hecho realmente, ó no es más que una alegoría?

—Yo creo que ha sido un hecho, realmente. ¿Cómo explicar de otro modo la diversidad de lenguas que hay en el mundo?

—Entonces, ¿también cree V. E. en el Diluvio?

—Seguramente; porque, ¿cómo explicar si no, la existencia de animales antediluvianos? Tanto más, cuanto que se anuncia en la *Gaceta de Moscú*...

—Hombre, ¿si diésemos un vistazo á la *Gaceta de Moscú*...?

Fueron á buscar el número del periódico; se sentaron á la sombra; leyeron de cabo á rabo las reseñas de la comida de Moscú, de la comida de Tula, de la comida de Penza, de la comida de Riazan, y nada: ya no les hacía la impresión que antes.

Pero al cabo de cierto tiempo, nuestros generales empezaron á aburrirse. Cada vez pensaban más á menudo en las cocineras que habían dejado en San Petersburgo, y hasta derramaron algunas lágrimas en silencio.

—¿Qué harán ahora en la calle Podiacheskaia?—preguntó uno.

—No me hable de eso V. E.; se me

encoge el corazón—respondió el otro.

—Aquí se está muy bien; no puede uno quejarse. Pero tiene razón la sabiduría de las naciones: la soledad no es buena para el hombre; no se concibe el cordero sin la oveja. Luego, echo de menos mi uniforme.

—Yo echo mucho de menos el mío. Como es de cuarta clase, le vuelve á uno del revés la cabeza sólo el acordarse de los bordados.

Y empezaron á marear al *muyik* para que los llevase á la calle Podiacheskaia.

¡Oh, bien conocía esa calle el *muyik*; había ido á ella en persona; allí había bebido agua-miel y cerveza, y no como se quiera, sino grandes tragos!

—¡Pues si nosotros somos generales de la calle Podiacheskaia!—exclamaron los dos con júbilo.

—Pues, en cuanto á mí—respondió el *muyik*—si han visto muchas veces un hombre que andaba sujeto á una

cuerda, por la parte afuera de una casa, con un tarro de colores, y pintando las paredes, ó corriendo otras veces por los tejados como una mosca, ese era yo.

Y el *muyik* caviló cómo dar gusto á los generales, en reconocimiento de la benevolencia que se dignaban atestiguar á un holgazán como él, y por no haber despreciado su trabajo de *muyik*. Y construyó un navío, ó por mejor decir, una barca, que pudiese atravesar el mar y arribar frente á la calle Podiacheskaia.

—Pero ten cuenta con no ahogarnos, canalla—dijeron los generales al ver el barquichuelo sacudido por las olas.

—Pueden estar tranquilos los señores generales; á mí me conoce el mar—respondió el *muyik*, y se preparó para el viaje.

Reunió plumón de cisne, y lo extendió en el fondo de la barca. Hecho

esto, acomodó allí á los generales, se santiguó, y puso en movimiento la barca.

Las veces que los generales tuvieron miedo de las tempestades y de los vientos durante la travesía; las veces que insultaron al *muyik* por su holgazanería, exceden á toda ponderación.

El *muyik* remaba á más y mejor entre tanto, y alimentaba á los generales con arenques.

Por último, volvieron á encontrarse en el Neva, llegó á divisarse el famoso canal de Catalina, y apareció la gran Podiacheskaia.

Las cocineras batieron palmas al volver á ver á los generales tan orondos y rollizos.

Los generales tomaron café, se atiborraron de panecillos azucarados, y se plantaron sus uniformes. Se fueron al Tesoro, y el dinero que allí rebañaron es imposible de decir en un cuento, ni de describir con la pluma.

Pero no se crea que olvidaron al *muyik*: le mandaron un vasito de aguardiente y una moneda de cinco kopeks (1). ¡Regodéate, *muyik*!

(1) O sea, veinte céntimos.—(N. DEL T.)

LA PARTIDA DE CHAQUETE

POR

PRÓSPERO MERIMÉE

Las velas pendían inmóviles, pegadas á los palos; el mar estaba liso como un espejo; hacía un calor asfixiante, una calma desesperadora.

Muy pronto se agotan en un viaje por mar los recursos para recrearse que pueden tener los pasajeros de un buque. Harto se conocen unos á otros ¡ay! cuando han pasado juntos cuatro meses en una casa de madera de ciento veinte pies de longitud. Cuando veis acercarse al primer teniente, ya sabéis